

ETIOPIA: FINAL DEL REINADO DE HAILE SELASSIE

(II)

El año 1970 se caracterizó por un recrudecimiento de la actividad guerrillera del FLE. Esta organización había logrado establecer ya una sólida infraestructura entre la población musulmana de Eritrea—que constituye la mayoría en las regiones occidentales—y sus golpes de mano resultaban cada vez más audaces. Las fuerzas armadas etíopes, en definitiva, se veían enfrentadas a una guerra sin horizontes, perdiendo gran número de sus mejores hombres en las escaramuzas y emboscadas tendidas por un enemigo que había sido bien adiestrado en la guerra de guerrillas. Todo esto se traducía en una pérdida de moral de los soldados imperiales mientras que el FLE—cuyos hombres eran calificados de *shifta* o bandidos por Addis Abeba—, lograba realizar algunos actos espectaculares, como el del 21 de noviembre de 1970, en que asesinaron al general Teshome Erghetu, comandante de la segunda división de infantería estacionada en Eritrea. Este atentado provocó una auténtica conmoción y determinó que, el 16 de diciembre, el emperador decretase el estado de urgencia en la mayor parte del territorio de Eritrea, colocando las regiones afectadas bajo la autoridad directa del ministro de Defensa, general Kebede Gabre. Al mismo tiempo, se declaraba zona prohibida una franja de diez kilómetros de anchura a lo largo del mar Rojo y de la frontera sudanesa. En virtud del decreto imperial, el ministro de Defensa quedaba autorizado a decidir el desplazamiento de las poblaciones residentes en dichas zonas, siempre que lo estimase conveniente.

Según explicaba el decreto «ciertos Gobiernos extranjeros han organizado y entrenado bandidos, en sus respectivos territorios, proporcionándoles armamentos modernos, dinero y ayuda para infiltrarse en territorio etíope con vistas a minar la integridad territorial y la soberanía de Etiopía. Para realizar sus objetivos, estos bandidos se infiltran en territorio etíope y emprenden una campaña de bandolerismo, sabotaje y subversión en ciertas regiones de Eritrea, poniendo en peligro la seguridad pública y amenazando el bienestar de sus habitantes».

Se trataba de una clara alusión al Sudán, donde se refugiaban numerosos eritreos; Siria, donde residían muchos dirigentes del FLE, y el Iraq. La zona prohibida por el decreto imperial comprendía los dos únicos puertos del país, Massaua y Assab.

Así, la guerra de Eritrea repercutía desfavorablemente sobre las relaciones exteriores de Etiopía, implicando a un sector muy importante de los Estados del continente, es decir los norteafricanos árabes. Addis Abeba, sede de la OUA, veía gravemente afectado su prestigio exterior por la acción del FLE. Esta organización, alentada por el impacto conseguido, desplegaba una eficaz actividad diplomática, paralela a la acción militar, y así, el 29 de diciembre de 1970, dirigía un llamamiento a Siria, Libia e Iraq para que solicitasen una convocatoria urgente del Consejo de Seguridad de la ONU a fin de que pusiera término al «exterminio de eritreos» por el ejército etíope. Aseguraba que desde la proclamación del estado de urgencia, más de mil eritreos habían sido pasados por las armas y más de quinientas personas habían sido detenidas. Agregaba que las regiones de Dankalia y de Keren habían resultado casi enteramente destruidas por los bombardeos de la aviación etíope y que 37.000 eritreos habían tenido que huir al Sudán. Dos días más tarde, Salah Ahmed Iaya, representante oficial en Damasco del FLE, declaraba que «la aviación etíope ha bombardeado, el 25 de diciembre, las aldeas de los alrededores de Keren, ocasionando 500 muertos y gran número de heridos, en su mayor parte ancianos y niños. Este bárbaro ataque constituye la respuesta de Etiopía a la intensificación de las operaciones de las fuerzas revolucionarias de Eritrea». El FLE publicaba, simultáneamente, un comunicado diciendo que una patrulla de 30 militares etíopes había caído en una emboscada, cerca de Keren, y que había sido totalmente aniquilada.

La acción propagandística del FLE causaba viva irritación en Addis Abeba. El ministro de Asuntos Exteriores, Ketema Yifru, anunciaba que su país emprendería una acción diplomática respecto a los países que aportaban ayuda a la rebelión eritrea, resaltando que Siria, Libia e Iraq no habían ocultado su ayuda a los insurgentes. El ministro reconocía que «en ciertas regiones, los bandidos han causado algunos daños» y se mostraba firmemente convencido de que el estado de urgencia sería levantado en breve plazo y que la rebelión quedaría aplastada. Yifru desmentía que Eritrea fuese un Estado musulmán, diciendo que, por el contrario, esta

provincia tiene mayoría católica, ya que sólo el 13,6 por 100 de la población es islámica.

Pero, contrariamente a las esperanzas mantenidas por Yifru, las draconianas medidas impuestas por el Gobierno imperial no bastaban para cortar la actuación de los elementos rebeldes que recibían un apoyo sustancial de los países árabes. Así, a finales de enero de 1971, estudiantes eritreos secuestraban un avión «DC-3» de la Ethiopian Airlines, que efectuaba un vuelo en el interior del país, y lo conducían a Bengasi, en Libia, después de haber efectuado escalas en Jartum y El Cairo. Simultáneamente con este acto explotaban diversas bombas en Asmara. Todo ello indicaba, a los medios internacionales, que la situación en Eritrea distaba de ser tranquilizadora. La severidad de la represión inducía a pensar que la «subversión», los sabotajes y los desórdenes alcanzaban mayor volumen de cuanto pretendían traslucir las noticias oficiales. Addis Abeba insistía en que Eritrea había sido y seguiría siendo parte del Imperio; el FLN, por el contrario, declaraba que su territorio había sido ocupado, sucesivamente, por otomanos, egipcios, italianos e ingleses antes de ser entregado a Etiopía por una simple decisión de la ONU y, por ello, exigía la independencia. Puede recordarse que en las Naciones Unidas, cuando en 1952 se decidía el destino de Eritrea, la URSS había presentado una propuesta en la que se propugnaba la independencia inmediata del territorio y la evacuación, en el plazo de noventa días, de todas las fuerzas británicas que guarnecían los puertos del mar Rojo, si bien solicitaba que Eritrea cediese parte del territorio a Etiopía para asegurar al Imperio acceso al mar a través del puerto de Assab. Haile Selassie había logrado un éxito diplomático resonante al conseguir que la ONU le cediese Eritrea pero, con el transcurso del tiempo, ese éxito había de resultar su mayor fracaso al transformarse el territorio en un infierno donde se desgastaba el ejército y se vaciaban las arcas del Erario.

En otro orden de cosas, 1970 fue el año de la definitiva reconciliación con Italia. Durante los días 5 al 8 de julio permanecía en Addis Abeba el ministro italiano de Asuntos Exteriores, Aldo Moro. Era el primer estadista italiano que visitaba Etiopía desde que el emperador entrase en la capital con las tropas británicas, en mayo de 1941, señalando el fin de la ocupación italiana. Haile Selassie había dictado severas medidas de represalia contra los civiles italianos que se habían instalado en Etiopía durante la ocupación. Y la consecuencia fue que en 1945 sólo quedaban 500 italia-

nos en el país. Roma encajó el golpe con serenidad y se aplicó a practicar, durante años, una política «desinteresada» con respecto a Addis Abeba, lo que se tradujo en que el emperador alentase a los italianos a contribuir a la modernización del país, en el que han llegado a residir unos veinte mil, que representan considerables intereses económicos. No obstante, si las relaciones habían evolucionado favorablemente, en la práctica faltaba el toque de la reconciliación pública. Aldo Moro lograba que el negus aceptase la invitación para trasladarse a Roma en viaje oficial y el 6 de noviembre llegaba Haile Selassie a la capital italiana, donde el presidente Saragat le acogía con las mayores muestras de deferencia. La visita oficial se prolongaba hasta el día 9, aunque el emperador—en recorrido turístico por Génova, Milán, Turín y Venecia—permanecía en Italia hasta el día 14.

Haile Selassie venía practicando una política exterior sumamente flexible. Si bien, como habíamos señalado anteriormente¹, había dedicado un cuidado especial a mantener cordiales relaciones con la URSS y los Estados socialistas, esto no le impedía centrar su principal fuente de apoyo en los Estados Unidos. En tal sentido, el 23 de mayo de 1953, se había firmado un acuerdo entre Etiopía y los Estados Unidos para Asistencia y Defensa mutuas. El Gobierno norteamericano se comprometía a proporcionar a las fuerzas armadas abisinias el equipo militar y la instrucción necesaria. «Esta decisión—declaró en aquella ocasión el presidente Eisenhower—ha sido adoptada en consideración a la importancia estratégica de Etiopía en el marco del Oriente Medio y de la importancia de la fuerza defensiva etíope en esa región.» Desde entonces, una misión militar americana permanente procedió a la reorganización del ejército abisinio, suministrándole material moderno (especialmente reactores «F5 Northrop») e instrucción adecuada en la base de entrenamiento de paracaidistas de Debre-Zeit y en la Academia Militar de Harrar. La guerra de Corea proporcionó a los soldados etíopes que participaron en el conflicto un intenso entrenamiento teórico y práctico, complementado con la frecuente permanencia en las academias militares de los Estados Unidos de sus oficiales superiores. En 1960 ambos países firmaron un acuerdo secreto, mediante el cual se comprometía a equipar y entrenar un ejército de 40.000 hombres, el segundo en importancia de Africa. A cambio, Washington pudo ampliar la base de Kagnev, que venía empleando desde 1953, y en la que estaban destacados 3.200 militares norteamericanos. Kagnev constituye una de las principales estaciones de

¹ «Etiopía: final del reinado de Haile Selassie» (I), núm. 135 de esta REVISTA.

enlace del sistema de comunicaciones estratégicas de las fuerzas armadas estadounidenses y sus instalaciones permiten, también, captar una gran parte de las comunicaciones de la región. Para conservar esa base, los Estados Unidos habían proporcionado, desde 1953 a 1969, una ayuda militar de 147 millones de dólares, es decir, la mitad de todo lo que habían otorgado a Africa. Dicho porcentaje pasó a constituir los dos tercios en 1970 al ascender la ayuda a 12 millones de dólares, conforme a la petición formulada por el *negus* en el curso de las conversaciones que mantuvo con el secretario de Estado, William Rogers, durante la visita que éste efectuó a Addis Abeba a mediados de febrero de 1970. La presencia de Rogers aparecía, ante los ojos del emperador, singularmente oportuna puesto que Etiopía se veía obligada a combatir en Eritrea y a mantener considerables fuerzas armadas en las fronteras de Somalia—siempre dispuesta a recuperar el Ogaden—y de Sudán. Jartum, en aquellos momentos, acababa de efectuar en Moscú un pedido de armamento por más de doscientos millones de dólares y Somalia estaba recibiendo cuantiosas entregas de material. El emperador, con el objetivo de presionar a Washington, evocaba, en sus conversaciones con Rogers, «la penetración comunista» en el cuerno de Africa y las amenazas que pesaban sobre Etiopía. Esta versión era corroborada por el primer ministro, Akilu Habte Wold, pero el secretario de Estado aseguraba, con franqueza, que no compartía el pesimismo de sus anfitriones y afirmaba que el suministro de material militar no constituía la panacea para los males políticos de Africa.

La postura de Rogers se veía influida, a todas luces, por el hecho de que la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado había comenzado a tomar cartas en el asunto, al considerar que el armamento americano se empleaba no contra una agresión exterior sino para aplastar una revuelta interna. Los funcionarios de los Departamentos de Estado y de Defensa que eran interrogados por la Comisión aseguraban que Washington no deseaba «mezclarse en los asuntos internos» etíopes. El secretario de Estado adjunto para Asuntos Africanos, Newson, afirmaba que «los Estados Unidos no han contraído ningún compromiso en Etiopía». Pero los senadores Fulbright y Symington se mostraban asombrados del secreto mantenido durante años acerca de este asunto y el primero de ellos criticaba el apoyo americano a operaciones militares antiinsurreccionales. «Este apoyo—decía—permite creer que nosotros ayudamos siempre al *statu quo*, que empleamos nuestras armas y nuestra influencia en impedir todo cambio.»

El desfavorable ambiente norteamericano disgustaba visiblemente al negus y la ocasión de demostrarlo se le presentaba al obligar el régimen republicano libio del coronel Gaddafi al cierre de la base que los Estados Unidos tenían instalada en Wheelus Field. Entonces, el Pentágono pensó en trasladarla a Etiopía, pero el emperador se negó categóricamente a aceptar esta propuesta, poniendo en claro que su país no deseaba comprometerse en exclusiva con ninguna potencia extranjera. Según este orden de ideas, si Etiopía había aceptado la base de Kagnew era con la finalidad de que, en contrapartida, los Estados Unidos armasen e instruyesen a su ejército; de igual forma que los americanos y los suecos instruían sus fuerzas aéreas y los británicos habían formado la armada etíope. Su política, en definitiva, consistía en aceptar ayuda de todos los países sin distinción de ideologías, sin que Etiopía quedase ligada a ninguno de ellos. Su conducta se basaba en la reciprocidad: si el Senado americano criticaba la lucha de Addis Abeba contra los insurgentes eritreos, Haile Selassie no se mordía la lengua al censurar a los Estados Unidos por la guerra de Vietnam y desplegaba una intensa campaña, junto a otros dirigentes no alineados, para que se lograra una solución política en el Sudeste asiático.

Para contrapesar toda pretensión hegemónica de los Estados Unidos contaba con la URSS y los otros Estados socialistas. Moscú le había proporcionado una ayuda financiera casi análoga a la que le había suministrado Washington y, en compensación, la Embajada soviética en Addis Abeba, con más de quinientos funcionarios, era la más importante del Africa subsahariana. La URSS había construido el hospital de Addis Abeba, el Instituto Politécnico de Bahar-Dar, el puerto eritreo de Assab, la primera refinería de petróleo del país, había suministrado helicópteros, etc. Yugoslavia había contribuido a las instalaciones del puerto de Assab y otras naciones socialistas habían aportado estimable ayuda a Etiopía. Haile Selassie veía compensada la falta de indulgencia norteamericana, respecto a su política eritrea, por una mayor comprensión del Kremlin: «El embajador soviético no se inhibe de considerar el asunto eritreo como puramente interno. Incluso, recientemente, ha dicho a uno de sus colegas: "Si nosotros tuviéramos en nuestra patria un asunto de esta índole, actuaríamos lo mismo que los etíopes." Bálticos, ucranianos, georgianos, etc., saben que no se bromea, en la patria del socialismo, con el separatismo»².

² ANDRÉ FONTAINE: «L'Ethiopie en l'an 1963», *Le Monde*, 6 abril 1971, p. 7.

Para completar el círculo de sus amistades dentro del orbe socialista, Haile Selassie fijaba sus ojos en Pekín. Durante los días 20 al 26 de noviembre de 1970 visitaba Etiopía, por invitación del Gobierno imperial, el embajador de Pekín en Sudán, Yang Chou-cheng. Durante su estancia en Addis Abeba era recibido por el emperador, así como por su ministro de Asuntos Exteriores. Al término de las conversaciones se anunciaba oficialmente que Etiopía reconocía a la República Popular de China. Parece ser que la condición impuesta por Addis Abeba para el establecimiento de relaciones consistía en la promesa de que China abandonase toda ayuda al FLE. Las relaciones chino-etíopes se establecían sin dificultad, puesto que Etiopía había defendido siempre el principio de la admisión del régimen de Pekín en las Naciones Unidas y, en consecuencia, no mantenía relaciones diplomáticas con Taipei³. Al cumplirse el primer aniversario del reconocimiento, en noviembre de 1971, el emperador visitaba la República Popular de China. En Pekín era recibido cordialmente por Mao Tse-tung y lograba un préstamo de 100 millones de dólares sin intereses.

Este somero bosquejo de la política exterior que venía practicando Haile Selassie nos sugiere que su flexibilidad le impulsaba a una diplomacia personal «touts azimouts», ajustándose a las líneas básicas de la «no alineación» que el negus consideraba como el eje fundamental de su acción en el terreno internacional. Esa orientación la inició cuando, de regreso de un viaje a Birmania, pronunciara un discurso radiodifundido, el 10 de diciembre de 1956, afirmando su «adhesión a los principios de no agresión, no intervención en los asuntos internos de las otras potencias, respeto a las integridades nacionales y a la coexistencia pacífica». Desde entonces, el emperador había llegado a convertirse en una de las cabezas visibles de la no alineación. Visitaba frecuentemente a los miembros más caracterizados del grupo y les acogía en Addis Abeba en contactos muy íntimos. Así, en febrero de 1970, el presidente de Yugoslavia, Tito, otro de los más conspicuos líderes de la no alineación, permanecía en la capital etíope, conversando con el emperador sobre las perspectivas de un arreglo pacífico de la crisis del Próximo Oriente.

Los asuntos etíopes no mostraron un sesgo más favorable en 1971. Apenas iniciado el año, el 3 de enero, Damasco difundía una información asegu-
rando que el aeropuerto de Asmara había sido cerrado al tráfico a conse-

³ Tan sólo algunos técnicos nacionalistas chinos, especialmente veterinarios, trabajaban en Etiopía.

cuencia de «violentos combates» provocados por el FLE y que la represión obligaba a millares de eritreos a refugiarse en el extranjero. Al día siguiente, Addis Abeba reaccionaba enérgicamente acusando a Siria de falsear los hechos. El ministro de Información aseguraba que el estado de urgencia había sido decretado para cortar las infiltraciones de «bandidos» del FLE. «Damasco—proseguía—es una fábrica de calumnias y acusaciones ridículas», y refiriéndose al éxodo mencionado, lo explicaba diciendo que «la mayoría de las poblaciones que habitan en las regiones fronterizas son nómadas y se desplazan libremente a través de la frontera con el Sudán, según las estaciones».

Pero el asunto adquiriría mayor importancia porque, paulatinamente, la diplomacia etíope se veía enfrentada cada vez a mayor número de Estados árabes del continente. Si primero había sido el Sudán con quien tuvo los roces iniciales, más tarde fue con Libia y, finalmente, con Argelia. El 7 de enero de 1971, aludiendo claramente a Argelia, el ministro de Información, Getachew Mekasha, declaraba en París que se estaba desplegando contra Etiopía una «campaña internacional denigratoria» por parte de ciertos países árabes «que acusan a Addis Abeba de oprimir a los eritreos musulmanes deseosos de librarse del poder imperial». Refiriéndose al FLE, declaraba que «ese Frente no representa a la totalidad de la minoría musulmana de Eritrea. Digo claramente minoría, puesto que en Eritrea el elemento musulmán no comprende más que el 14 por 100 de la población total. Desmienta, finalmente, las informaciones que declaran que la aviación etíope ha bombardeado aglomeraciones civiles como medida de represalia. Se trata de una calumnia, tanto más odiosa cuanto que tiende a movilizar a la opinión pública internacional, siempre sensible a las cuestiones humanitarias».

La exasperación del mundo árabe llegaba al cenit cuando, el 6 de septiembre de 1971, el FLE difundía la noticia de que la visita efectuada, días antes, a Etiopía por el jefe del Estado Mayor israelí, general Bar-Lev, tenía por objetivo negociar la instalación de una base militar israelí a la entrada del mar Rojo. La información no era acogida con incredulidad entre las masas árabes—a pesar de que el diario cairota *Al Ahram* declarase que la conducta de Etiopía en el conflicto del Próximo Oriente era «honorable»—porque se recordaban las excelentes relaciones existentes entre Addis Abeba y Tel-Aviv. Numerosos expertos israelíes (profesores de la Universidad Técnica de Addis Abeba, especialistas en agronomía y en la industria farmacéutica, consejeros para organizar la Policía y la contraguerrilla, etc.), tra-

bajaban en Etiopía, y en marzo de 1970 se había inaugurado con gran solemnidad una línea aérea Addis Abeba-Tel-Aviv, trasladándose a Israel un centenar de personalidades etíopes en el vuelo inaugural. La cordialidad de relaciones entre los dos países, por lo tanto, proporcionaba visos de verosimilitud a las afirmaciones del FLE, con el resultado de excitar la cólera de las masas árabes. Tratando de atajar las desfavorables consecuencias, el Gobierno etíope desmentía, al día siguiente, la noticia. A pesar de ello, el FLE insistía, publicando en Bagdad un comunicado afirmando: «La visita del general Haim Bar-Lev, jefe del Estado Mayor del ejército israelí, a Addis Abeba ha tenido por principal objetivo la instalación de aeropuertos y bases navales israelíes en Etiopía», por lo cual, agregaba, el desmentido gubernamental carecía de valor. El FLE solicitaba a continuación a ciertos países árabes que reconsiderasen sus relaciones con Etiopía, «pretendida nación neutralista», y que adoptasen una actitud firme con Addis Abeba a fin de «hacer fracasar el complot etíope-sionista y ayudar a la lucha eritrea».

El único acontecimiento grato para Addis Abeba, dentro de ese turbador panorama, lo constituyó la suavización de la tensión con el Sudán. La visita oficial a la capital etíope, a principios de noviembre de 1971, del general Numeiri, jefe del Estado sudanés, revestía más importancia de la que dejaba entrever el brevísimo comunicado oficial publicado con dicho motivo. Unos meses antes, las relaciones entre ambos países estaban envenenadas por la idea de que el Sudán apoyaba a los insurgentes de Eritrea. Desde entonces, las relaciones habían mejorado merced al golpe de Estado comunista ocurrido en el mes de julio. Numeiri proponía al negus una alianza contra sus respectivos adversarios e intentaba la extradición de los comunistas refugiados en Etiopía a cambio de la neutralización de las actividades de los rebeldes eritreos refugiados en el Sudán. La causa visible de la reconciliación puede encontrarse en un acontecimiento sucedido dos meses antes, el 31 de agosto. En dicha fecha, ocho comunistas sudaneses que se habían refugiado en Etiopía después del fracaso del golpe de Estado en Jartum, eran detenidos por la Policía etíope en la ciudad de Asmara «por haber penetrado ilegalmente en territorio etíope». Entre los detenidos figuraba Mohammed Soliman, profesor del Instituto Superior, y Abu Gidiri, ex consejero del Ministerio sudanés de Justicia. Este gesto amistoso de Addis Abeba fue debidamente apreciado por el general Numeiri, inclinándole a mejorar sus relaciones con el Imperio. A la gratitud se agregaba una dosis de realismo, puesto que Addis Abeba había dado a entender discretamente

a Jartum que, de no cesar en su ayuda al FLE, Etiopía podría verse en la tentación de ayudar ampliamente a los rebeldes sudaneses de las provincias del Sur. En marzo de 1971, el ministro de Asuntos Exteriores, Ketema Yifru, se había trasladado a Jartum, logrando la reactivación de la comisión fronteriza mixta y la promesa de que los dirigentes del FLE serían invitados a abandonar el país.

Los separatistas eritreos—a pesar de verse privados súbitamente de la benévola acogida del Sudán y de la ayuda que Pekín venía suministrando a sus guerrilleros—redoblaban sus esfuerzos durante 1972. La rebelión inmovilizaba a un número cada vez mayor de tropas imperiales, no obstante lo cual el FLE llegaba a controlar una cierta parte del territorio. La rebelión se había implantado con tal fuerza que todo indicaba la imposibilidad de terminar con ella por medios militares. A las escaramuzas, emboscadas y atentados se unían los golpes espectaculares destinados a atraer la atención internacional sobre esta guerra olvidada. El 8 de diciembre de 1972, seis personas, incluida una mujer, resultaban muertas por miembros del Servicio de Seguridad cuando intentaban secuestrar un avión de las líneas aéreas etíopes que se dirigía de Addis Abeba a París. Un séptimo secuestrador resultaba herido. Asimismo, otras nueve personas ingresaban en un hospital con heridas de metralla ocasionadas por la explosión de una granada⁴. La oficina de información etíope confirmaba que los secuestradores pertenecían al FLE.

* * *

El ciclo erosivo iniciado en diciembre de 1960 culminaba su trayectoria en 1973. Lentamente se habían corroído todas las estructuras sobre las que se alzaba el poder omnímodo del negus. Etiopía, durante esos años, se había transformado en un hervidero de pasiones difíciles de controlar y el balance de la situación resultaba totalmente negativo para la estabilidad del poder imperial. De una parte, la guerra de Eritrea desmoralizaba al ejército y exigía gastos incalculables, difíciles de soportar por una economía tan pobre como la etíope. Simultáneamente, la insurgencia del FLE había ocasionado la abierta enemistad de los influyentes países árabes y Etiopía veía maltre-

⁴ Los heridos eran siete pasajeros y dos azafatas. Entre ellos figuraban el profesor Roderich Hilsinger, de la Universidad de Temple (Filadelfia), el doctor Richard Wylie, de la misma Universidad, y Bruno Rouvillois, de la Sociedad «Havraise». El séptimo secuestrador fallecía horas después de haber resultado herido.

cho su prestigio exterior. Tampoco se había solucionado la tensión latente con Somalia, lo que obligaba a mantener una vigilancia redoblada. En el orden interno, la agitación universitaria y de los intelectuales había alcanzado un nivel preocupante. Finalmente, y sobre todas estas causas, se descubría el fenómeno del hambre, que estaba causando estragos, haciendo perecer a centenares de millares de etíopes, y que el Gobierno de Addis Abeba había ocultado cuidadosamente para evitar cualquier pérdida de prestigio en el exterior y para no encrespar los ánimos internos. Desde todos los puntos de vista, el año 1973 marcaba el clímax del descontento y hacía posible la irrupción, meses más tarde, del movimiento de las fuerzas armadas.

No obstante, el referido año se iniciaba con un vistoso acontecimiento: la llegada a Addis Abeba del presidente de Francia. Georges Pompidou era acogido triunfalmente en la capital etíope. Haile Selassie había puesto especial empeño a lo largo de su reinado en mantener las más amistosas relaciones con Francia, y este tacto se acentuó cuando todo parecía indicar que la descolonización africana practicada por De Gaulle culminaría con el abandono de la Somalia francesa. No sucedió así, pero el emperador, que reconoció la validez del referéndum de 1967 en el Territorio de los Afars y de los Issas, continuó cortejando pacientemente a París en espera de que en algún momento decidiese ausentarse de los arenales de Yibuti y los cediese a Etiopía. Estos propósitos los había expuesto claramente el emperador después de su primer encuentro con Pompidou, el 4 de junio de 1970. Entonces declaraba que, «si Francia debe abandonar Yibuti, espero que lo cederá a Etiopía, conforme al antiguo tratado que liga a nuestros dos países»⁵. Mientras llegaba ese momento, para Haile Selassie era preferible ver a Francia en aquellos parajes que a la Somalia enemiga, que también los reivindicaba como «una provincia perdida que es preciso recuperar». El negus, de vez en cuando, vigilaba la marcha de los proyectos franceses. En junio de 1972 se trasladaba a París en visita privada y el día 22 se entrevistaba, sucesivamente, con Pompidou, Messmer, Debré, Giscard d'Estaing y Schumann. Evocaba, entre otros asuntos, la actitud poco amistosa respecto a Francia adoptada por los jefes de Estado de la Organización de la Unidad Africana en su reunión de Rabat del 14 de junio, al aprobar una resolución

⁵ El soberano se refería a una carta dirigida, en 1897, por el cónsul general de Francia al emperador Menelik en la cual reconocía, en nombre de su Gobierno, que Yibuti constituía «la desembocadura natural de Etiopía».

invitando al Gobierno de París a «instaurar en Yibuti un clima de libertad y democracia» que permitiese a los habitantes ejercer su derecho a la autodeterminación en el «más breve plazo posible».

Los dos días de estancia de Pompidou en Addis Abeba permitía otro cambio de impresiones sobre este asunto, aparte de abordar otros temas de gran importancia. Entre ellos, aunque Pompidou declarase que no era cuestión de contemplar «una alianza ofensiva o defensiva entre Francia y Etiopía», se proseguiría con el máximo interés la cooperación militar. La marina imperial, que ya había adquirido varios barcos de guerra en Francia, podría encargarse más, así como cursar nuevos pedidos de helicópteros del tipo «Alouette». Para ello, Etiopía se había beneficiado en 1967 de un crédito de 75 millones de francos para la compra de equipo militar, del que sólo había gastado una parte. Respecto a Yibuti, el presidente galo, al abandonar el suelo etíope, declaraba a los periodistas que «Etiopía ve con buenos ojos la permanencia de Francia en el Territorio de los Afars y de los Issas».

La consecuencia de las conversaciones del presidente francés en Addis Abeba consistía en que el Gobierno etíope reafirmaba, el día 22, el derecho a la autodeterminación de Yibuti. Un comunicado decía que, «teniendo en cuenta lo que ha aparecido en la prensa recientemente respecto al porvenir del Territorio de los Afars y de los Issas, el Ministerio de Información estima necesario reiterar la posición del Gobierno etíope, que es la siguiente: Etiopía ha sostenido siempre que el pueblo del territorio es el único que ha de decidir su destino futuro. En otros términos, Etiopía defiende el principio de la libre autodeterminación para la población del territorio». En París, los medios oficiales declaraban: «El comunicado publicado por el Gobierno etíope sobre el porvenir del Territorio de los Afars y de los Issas no altera el estatuto jurídico del territorio. La población del territorio, efectivamente, se ha determinado libremente por vía de referéndum en 1967 y se ha pronunciado entonces por su pertenencia a Francia.» Se creía en París que el comunicado etíope publicado después de la visita de Pompidou, reafirmando el derecho a la autodeterminación, era una concesión a ciertas corrientes de la OUA y especialmente a las posturas adoptadas por los movimientos de liberación.

Otro éxito que se apuntaba seguidamente el emperador, tal vez el último de su largo reinado, consistía en la firma de un protocolo con la República Popular de China, el 20 de febrero, mediante el cual Pekín se comprometía a la realización de diversos proyectos de asistencia técnica y económica en

Etiopía. El acuerdo contemplaba especialmente la construcción de una carretera transversal de unos 300 kilómetros, la perforación de 20 pozos y la edificación de un centro veterinario. Este protocolo se inscribía en el marco del crédito de ayuda al desarrollo, por un importe de 200 millones de dólares etíopes (unos 600 millones de pesetas), concedido por China a Etiopía en 1971. Simultáneamente, la compañía Ethiopian Airlines inauguraba un vuelo directo entre Addis Abeba y Shanghai.

A partir de aquellas fechas ya no hubo sosiego para la corte imperial. En febrero se declaraba una huelga que paralizaría por tres semanas el funcionamiento de la aviación civil. Tan sólo el 2 de marzo se reanudaba el tráfico en los aeropuertos, cuando los empleados volvían al trabajo. Pero ese mismo día se registraban dos manifestaciones en provincias: la primera en Goba, a 300 kilómetros al sudeste de Addis Abeba. Agentes de policía se manifestaban en señal de protesta contra sus condiciones de trabajo y exigían aumento de salarios. La otra manifestación se celebraba en Adi Ugri, entre Asmara y Axum. Los manifestantes reclamaban la destitución del gobernador y de las primeras autoridades provinciales. Estas manifestaciones confirmaban que la agitación se propagaba, aunque con retraso, a los medios rurales.

En Addis Abeba reinaba, nuevamente, la confusión en la Universidad. Los estudiantes se hallaban divididos en dos grupos: los que trabajaban normalmente y los «disidentes», que se negaban a asistir a las clases. Ambos grupos resultaban numéricamente equivalentes y la Policía se veía obligada a vigilar en los alrededores para impedir todo tipo de manifestación.

Al propio tiempo había surgido un grave conflicto en la base aérea de Debre Zeit, donde había surgido una discusión entre oficiales insurgentes de la aviación y autoridades «moderadas» del ejército. Es decir, que la subversión se había propagado ya a las fuerzas armadas.

En mayo se reunía en Addis Abeba la conferencia de jefes de Estado de la OUA. Durante la misma se comprobaba que la tensión somalo-etíope, lejos de haberse desvanecido, adquiría un cariz peligroso. En dicha conferencia, el representante somalí declaraba que, «si no se hace algo definitivo, el Ogaden puede transformarse en el Vietnam de Africa». No se trataba de una figura retórica, puesto que Somalia persistía en la reivindicación de aquella provincia etíope y el precario armisticio conseguido en 1964 no había resuelto las causas del conflicto. En realidad, los apetitos de Mogadiscio se habían incrementado ante los indicios de existencia de petróleo y gas natu-

ral en el Ogaden, lo que supondría una riqueza considerable en el desértico territorio.

Somalia había reforzado considerablemente su ejército merced al armamento proporcionado por la URSS en correspondencia a la cesión somalí de una base de submarinos en el puerto de Berbera. La Unión Soviética había tomado cartas en este asunto desde hacía tiempo, enviando a Somalia abundante material de guerra, especialmente cazas «Mig» y missiles tierra-aire. Moscú declaraba que sólo estaba proporcionando a Somalia armamento de tipo convencional, pero, aun en este caso, el material alcanzaba un volumen tan grande que era suficiente para iniciar un conflicto de enormes proporciones. Al mismo tiempo, ciertos observadores hacían saber que entre Somalia y la URSS existía un acuerdo merced al cual, «si los somalíes sufrían una agresión», los soviéticos les proporcionarían «medios más eficaces» para rechazarla. Además, las tropas de ambos países estaban desplegadas a lo largo de una zona crítica, lo que aumentaba las preocupaciones.

Ante las serias perspectivas de una reanudación de las hostilidades, los jefes de Estado africanos decidieron nombrar una comisión de ocho países africanos para hallar una solución pacífica. La comisión estaba presidida por el general Yakubu Gowon, presidente de Nigeria y de la OUA, para preparar una reunión especial. El presidente sudanés, Numeiri, se había entrevistado con el negus y con el presidente de Somalia, Mohammed Siad Barre, mientras que una misión enviada por Gowon a los dos países en litigio había ido recogiendo el material necesario para la comisión de los ocho.

Mientras se tramitaba la convocatoria de una reunión que estudiase la forma de solucionar pacíficamente el conflicto, los ambientes políticos de Mogadiscio demostraban una exaltación peligrosa al afirmar que las medidas adoptadas por Etiopía en la región del Ogaden—requisas de ganado efectuadas por tropas del ejército en perjuicio de los nómadas somalíes y vuelos de aviones militares sobre territorio de Somalia—tenían carácter «provocativo», comprometiendo el resultado de las gestiones llevadas a cabo por la comisión de los ocho.

El 23 de octubre de 1973 Etiopía rompía sus relaciones con Israel. Esta decisión se adoptaba después de que la mayor parte de los Estados africanos (Uganda, Chad, Níger, Congo, Mali, Burundi, Togo, Zaire, Dahomey, Ruanda, Alto Volta, Camerún, Guinea Ecuatorial, Tanzania, Madagascar y República Centrafricana) hubiesen procedido a análoga ruptura. Por otra parte, en esta decisión influía la amenaza de ver desaparecer de Addis Abeba la

sede de la OUA, como exigía el dirigente libio Gaddafi, que deseaba su traslado a El Cairo. La propuesta había tenido escaso eco, pero algún país, como Níger, la había aprobado, y siempre subsistía el peligro latente de que se reprodujera en el peor momento. Una vez consumada la ruptura con Israel, Gaddafi retiraba su propuesta, lo que indicaba que había resultado fructífero el paso dado por el Gobierno imperial.

Pero sobre todas las cosas, lo que provocaba una inmensa conmoción era el espantoso drama que estaba viviendo Etiopía a consecuencia del hambre. Sólo en 1973 las autoridades imperiales se decidían, tímidamente, a recurrir a la ayuda internacional para tratar de remediar la espantosa tragedia que azotaba al país desde hacía seis años. La FAO reaccionaba inmediatamente, enviando, desde primeros de año, 10.000 toneladas de cereales, y en septiembre decidía ampliar los suministros en otras 5.000 toneladas más. Estos granos habían sido suministrados por Kenya «a precios sustancialmente inferiores a las cotizaciones mundiales». El *Sunday Times*, de Londres, el 16 de septiembre informaba de que la sequía que estaba afectando a los países del Sahel se extendía también a Etiopía. Según el informe de la UNICEF, 50.000 personas por lo menos habían sucumbido ya en Etiopía como consecuencia del hambre provocada por la sequía y aseguraba que el total de víctimas de la catástrofe podría llegar al doble si se efectuaban cálculos más precisos. La provincia de Wollo resultaba la más afectada. Las autoridades etíopes—que durante años habían mantenido en secreto la tragedia—se veían obligadas a reconocerlo al ser del dominio público, y afirmaban que 670.000 personas tenían urgente necesidad de alimentos. No obstante, se apreciaba una increíble falta de iniciativa, puesto que los socorros enviados por la FAO desde primeros de año sólo habían llegado en parte a las regiones afectadas a primeros de septiembre. Esto producía la indignación general, revelando la ineficacia de la Administración etíope en momentos de tanta urgencia. La FAO aseguraba que las tres cuartas partes del ganado etíope habían sido aniquiladas por la sequía. Más tarde se sabía que la provincia de Tigre sufría una calamidad análoga a la de Wollo; los cuatro millones de seres que poblaban ambas estaban al borde de la muerte, que ya había cobrado numerosas víctimas. Las poblaciones rurales emigraban en masa hacia las ciudades con el fin de acogerse a los campos de socorro, pero millares de ellos, especialmente los nómadas, fallecían de hambre y agotamiento antes de llegar a los campos.

La divulgación de esta tragedia apocalíptica producía adversas reacciones en todo el mundo. En Bonn, un portavoz de la sección alemana occidental de la Organización Mundial contra el Hambre calificaba al Gobierno de Haile Selassie de «comportamiento irresponsable e inhumano» en este asunto. «El orgullo nacional mal comprendido —proseguía— está en la raíz de la tragedia», señalando que fue preciso la intervención del Gobierno federal de la República Federal de Alemania, de la FAO y de la OUA para que el Gobierno de Addis Abeba se decidiese a aceptar la ayuda internacional.

La indignación crecía a medida de que, día a día, se conocían más detalles sobre este espantoso drama. «Citando fuentes autorizadas, el corresponsal en Addis Abeba de la agencia France-Press indicaba, este jueves, 8 de noviembre, que el número de las víctimas se sitúa entre 50.000 y 100.000 muertos. Según ciertos testimonios, se registran actualmente 1.000 fallecimientos semanales. Las autoridades no disimulan la extensión de un drama del que se han apercibido con cierto retraso»⁶. Se sabía que, además de las provincias de Tigre y Wollo, también la de Choa estaba afectada en su región septentrional. Es decir, que los estragos del hambre afectaban a unos cinco millones de seres, lo que supone una quinta parte de la población total. Entre ellos, más de dos millones se encontraban en situación desesperada.

El interés internacional, volcado hacia Etiopía, aclaraba muchos aspectos ignorados del drama. Se sabía que en 1971 la sequía había motivado que se consumiesen las reservas de cereales almacenadas. Al año siguiente se habían consumido las semillas destinadas a la siembra y en 1973 no quedaba nada por consumir, creando una situación aterradora, agravada por las lluvias diluvianas caídas sobre el país durante el mes de junio. El Gobierno imperial, demostrando una indolencia culpable, había asistido impasible al desarrollo del drama, sin tratar de adoptar ninguna medida de emergencia. La llegada de aquellas lluvias torrenciales aumentaba la extensión del mal, puesto que hacía intransitables las carreteras y los caminos. La humedad del ambiente favorecía la propagación de enfermedades epidémicas entre una población depauperada por la falta de alimentación. Mientras tanto, en los campos de refugiados se hacinaban muchedumbres que habían huido, empujadas por el hambre, de sus comarcas natales y que resistían precaria-

⁶ JEAN DE LA GUÉRIVIÈRE: «La famine a fait en Ethiopie de 50.000 a 100.000 morts», *Le Monde*, 9 noviembre 1973.

mente en aquellos improvisados refugios. Entre esas multitudes las enfermedades provocaban un elevado número de víctimas, que acrecentaban las proporciones del desastre.

En una tragedia de tales proporciones salían a relucir aspectos que irritaban a las personas responsables. El portavoz del Comité Cristiano de Socorro contra el Hambre (Christian Famine Relief Committee), Burgess, declaraba que el gobernador de Dessie, ya destituido, había impedido la distribución entre los afectados de los socorros enviados por los estudiantes de Addis Abeba. Se había producido un conflicto entre el ministro del Interior, que deseaba exponer públicamente el problema del hambre, y el ministro de Turismo, que rehusaba «desalentar» a los visitantes.

El representante regional del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (UNDP) afirmaba que serían necesarias 150.000 toneladas de alimentos en 1974 para atajar los efectos del hambre. Frente a estas necesidades, la ayuda internacional resultaba escasa. Desde abril de 1973, en que las organizaciones mundiales habían tenido conocimiento del problema, las Naciones Unidas habían enviado 10.000 toneladas, la Cruz Roja Internacional otras 400 toneladas, la CEE 120 toneladas de leche en polvo, la Cruz Roja china 100 toneladas de trigo y otras cantidades menores de diversos países y entidades. Como puede comprobarse, muy poco ante las necesidades que presentaba el país. La ayuda privada etíope ascendía sólo a 70.000 quintales de trigo y otros donativos de escasa importancia. Mientras tanto, miles de personas agonizaban sin esperanzas en las más diversas comarcas del país.

Esta situación creaba las condiciones apropiadas para el desarrollo, con una potencia incalculable, de una tendencia decidida al cambio del régimen. Ciertamente que las condiciones meteorológicas desfavorables, con ausencia de precipitaciones durante años, habían sido las causantes directas del drama. Pero también resultaba cierto que habían existido fallos imperdonables de previsión. No se habían preparado adecuadas reservas de cereales, y cuando se agotaron los depósitos no se hicieron compras en el exterior para suplir los que habían sido consumidos. No se había acudido desde el primer momento a la ayuda internacional y se había hecho todo lo posible por ocultar las verdaderas proporciones de la situación. Todos éstos eran fallos humanos que indicaban, de una parte, incompetencia de las autoridades imperiales y, también, un evidente desprecio hacia las víctimas de la tragedia. Etiopía requería, desde hace años, una reforma agraria que eliminase las penosas

condiciones en que trabajaba una gran parte de la masa campesina, obligada en ocasiones a entregar a los propietarios de la tierra el 50 o el 75 por 100 de las cosechas obtenidas con su trabajo. Esto desalentaba al campesino y los rendimientos no alcanzaban unos índices razonables. Pero la corte imperial, desoyendo las reclamaciones expresadas públicamente por los estudiantes, se había negado a considerar cualquier tipo de reforma agraria. Ahora, cuando la tragedia devastaba el país, se comprobaba que, de haberse procedido a dicha reforma, la magnitud del drama hubiese resultado menos espectacular. Durante años, un proyecto de ley que tendía a disminuir las entregas en especie de los campesinos por el uso de las tierras—fijándolo en un tercio de la cosecha—había permanecido bloqueado en el Parlamento por la oposición de los terratenientes, que constituían la mayoría de los diputados. Todos estos hechos, del dominio público, irritaban a importantes sectores de la vida pública etíope (fuerzas armadas, intelectuales, etc.) y les decidían a emprender una acción que terminase con la anacrónica situación.

Tratando de recuperar su prestigio ante las multitudes hambrientas, el emperador se trasladaba, a finales de noviembre de 1973, a las regiones afectadas por la calamidad. Wollo era la provincia elegida para la inspección. Allí se habían producido, entonces, casi 100.000 muertos de hambre. El soberano etíope declaraba durante su visita, que había decidido suspender por un año la recaudación de impuestos en la zona siniestrada, según el espíritu del Decreto de 28 de noviembre, en el que se decía que «toda persona expropiada por el Estado por no haber pagado sus impuestos durante la sequía podrá recuperar sus bienes». Es decir, que la visita del negus, además de tardía, revelaba el aspecto singularmente inhumano del régimen imperial. Como reconocía el referido Decreto, a los campesinos hambrientos no solamente no se les había facilitado el socorro a que tienen derecho todos los seres humanos, sino que además se les habían confiscado sus medios de vida. De esta manera se comprobaba la veracidad de las acusaciones difundidas por las asociaciones de estudiantes etíopes en Europa, que habían denunciado esta cruel actitud de las autoridades imperiales.

Durante el recorrido del soberano por la provincia de Wollo, el gobernador indicaba que se habían creado 23 centros de distribución de víveres y que ya se habían suministrado 70.000 quintales de cereales a casi 515.000 personas. También se habían instalado centros médicos asistenciales organizados por el Ministerio de Sanidad, la Cruz Roja Internacional, los servi-

cios sanitarios del Ejército y de la Policía, así como por equipos de médicos alemanes, suecos e ingleses. La conducta del nuevo gobernador de Wollo contrastaba así con la de su predecesor, que durante el mes de mayo había ordenado a la Policía que fueran detenidos los estudiantes que se habían trasladado desde Addis Abeba para distribuir alimentos a las masas famélicas. El gobernador—según reconoció el propio Ministerio del Interior—había ordenado que los estudiantes detenidos fuesen «colgados por los pies y azotados por delincuentes». Varios perecieron en esta salvaje ordalía y otros muchos, exasperados por la conducta criminal del gobernador, habían atacado la Comisaría de Policía, produciéndose seis muertos y tres heridos. El total de la siniestra aventura había costado la vida a 17 estudiantes. La única consecuencia fue la inmediata destitución del gobernador de la provincia.

A finales del año 1973 Etiopía recibía nuevas entregas de alimentos y dinero procedentes del extranjero. La República Federal de Alemania efectuaba un donativo de 9,3 millones de marcos, Australia enviaba 2.000 toneladas de trigo; Uganda, 10 toneladas de carne y bizcochos; Estados Unidos, 10.000 toneladas de cereales, y la UNICEF, medio millón de dólares.

En definitiva, las consecuencias de la sequía habían quebrantado definitivamente el anacrónico sistema imperial, poniendo al descubierto tremendos fallos humanos y estructurales. Gran número de etíopes, de las capas mejor instruidas de la nación, se preguntaban cómo era posible que en un país donde el 90 por 100 de la población vive de la agricultura no se hubiese introducido una reforma agraria que liberase al campesino de la servidumbre en que se encontraba frente al terrateniente, al que tenía que entregar el 75 por 100 de las cosechas, además de ofrecerle regalos y pagar casi todos los impuestos. Las tierras en Etiopía seguían perteneciendo—como en la Edad Media—en su mayor parte al soberano, a la Iglesia y a la nobleza. «La ausencia de un impuesto sobre los beneficios agrícolas y la moderación del impuesto sobre la renta, cuya tasa máxima es el 21 por 100, favorecen a los latifundistas; las tierras de la Iglesia están sometidas a idéntica reglamentación, pero el clero se beneficia, además, de exenciones fiscales y de subvenciones gubernamentales»⁷.

Pero la sacudida—que se estaba gestando y que había de salir a la luz en el plazo de tres meses—no procedía de esa inmensa masa de 20 millones de campesinos—humillados, explotados y depauperados—que representaban

⁷ PATRICE DE BEER: «L'Ethiopie en l'an 1963», *Le Monde*, 10 abril 1971.

una masa inerte. El hábito de siglos de esclavitud y el ser totalmente analfabetos (en Etiopía el índice de analfabetismo alcanza el 90 por 100 de la población y ese índice coincide con el porcentaje del campesinado) les hacía instrumentos pasivos y dóciles del feudalismo. Ni siquiera al sentir el azote del hambre y ver agonizar a sus hijos se había advertido en ellos el menor brote de rebeldía. No; la sacudida había de proceder del estamento militar, que se encontraba en contacto directo con el pueblo y que contemplaba con sorda indignación la ineficacia y el egoísmo de los dirigentes políticos.

Pero una sacudida de tal magnitud como la que se aproximaba podía poner en peligro la propia estabilidad de la nación. Si en el Imperio, Eritrea representaba el único brote visible de escisionismo—en razón de su reciente incorporación—, no se podía olvidar que el Imperio se había erigido, especialmente durante el siglo XIX, englobando diversas etnias, muy diferentes, en torno a un núcleo ahmarico. Los ahmaras, bajo el reinado de Menelik, habían duplicado la extensión del Imperio, incorporando regiones habitadas por los gallas, somalis, danakils, etc. Un cambio de régimen demasiado brusco podría poner en peligro la unidad, despertando el afán separatista o, por lo menos, el deseo de autonomía de ciertas regiones respecto al poder central, produciéndose un mosaico de estadillos y la balcanización del Imperio. Un desarrollo de los acontecimientos en tal sentido no remediaría los males que padecía el Imperio y sólo contribuiría a agravarlos. Al propio tiempo surgiría un factor más que acentuaría la inestabilidad del Africa oriental.

La conciencia de este peligro, ciertamente amenazador, fue la que retrasó el golpe militar, por una parte, y la que simultáneamente motivó su desarrollo cauteloso. Se trataba de un factor condicionante de primer orden que las fuerzas armadas han sabido sortear, hasta el momento, con encomiable habilidad.

JULIO COLA ALBERICH